

de algunos temas exegéticos, «con un corte propio [...] y, en parte, aún sin ensayar» (p. 85), debido fundamentalmente a su origen docente más que académico. El texto es así un híbrido a medio camino entre las notas de clase y el tratado propiamente medieval, escrito con vocación didáctica y con un buen dominio de los conocimientos de óptica del momento. Sin duda, la aparición de esta cuidadosa y nueva edición, casi noventa años después de la versión del Prof. Ireneo Squadrani para *Antonianum*, es una excelente noticia.

Adrián Pradier Sebastián

ÉTICA Y FILOSOFÍA POLÍTICA

GABRIEL, Markus, *Ética para los tiempos oscuros. Valores universales para el siglo XXI*, traducción de Gonzalo García, Barcelona, Pasado y Presente, 2021, 403 pp., ISBN 978-84-122888-0-3.

Markus Gabriel es un filósofo alemán nacido en 1980. Se especializó en metafísica, epistemología y filosofía postkantiana en las Universidades alemanas de Bonn y de Heidelberg. Gabriel pertenece a la corriente del pensamiento actual del “nuevo realismo filosófico”. No es el creador, pero sin duda es actualmente el más brillante exponente de esta línea de pensamiento que ha surgido del vacío filosófico en que se sumió la filosofía a finales del siglo XX, tras la obra de demolición realizada, entre otras, por la llamada Filosofía Postmoderna.

Actualmente hemos sustituido los valores ilustrados, como libertad, igualdad y solidaridad, que antaño eran la guía moral y política para las personas y Estados, por otros que emanan de la globalización económica y de la lógica mercantil, como la competencia, el afán de lucro, el nacionalismo. Necesitamos, por eso, de una “nueva Ilustración” que responda a las cuestiones centrales de quiénes somos y quiénes podemos y deseamos ser. Se diría, pues, que nos hallamos sumidos en una profunda crisis de los principios morales fundamentales. La crisis de valores se está agravando con la crisis paralela del coronavirus, que no solo infecta a nuestros cuerpos, sino también a nuestra sociedad. Toda crisis conlleva, además de sus riesgos, una posibilidad de mejora de las circunstancias sociales. La crisis del coronavirus nos ha situado delante de un espejo: nos ha mostrado quiénes somos, cómo gestionamos la economía, cómo pensamos y sentimos.

El nuevo realismo moral sostiene que los enunciados morales se refieren a circunstancias que existen de verdad y que afectan a seres vivos sensibles y reflexivos. Estas circunstancias reales nunca son absolutamente objetivas ni absolutamente subjetivas, sino que se encuentran en algún punto intermedio de esos dos polos extremos. El punto exacto en el que se hallan depende de las circunstancias concretas del contexto de la acción. No es posible abandonar las nociones tradicionales de realidad, objetividad o verdad, como propuso la crítica de los postmodernos sobre la filosofía del siglo XX. En este contexto, los errores sobre la esencia del ser humano han acarreado consecuencias graves en nuestra capacidad de juzgar moralmente. Por ejemplo, si interpretamos al

ser humano como el simple complejo de células que la teoría de la evolución enseña, perdemos automáticamente el acceso a la comprensión moral. Hay que reconocer que la ciencia, propia de la ideología contemporánea, está contribuyendo bastante a oscurecer nuestro horizonte: la concepción dominante respecto a la ciencia es esencialmente errónea, tanto ontológica, como epistemológicamente. Esta es una de las razones, dice Markus Gabriel, por las que vivimos en tiempos oscuros, en los que están en peligro el proyecto de la Ilustración y el Estado democrático de derecho. Abunda en esa oscuridad el hecho, por otra parte, de que las redes sociales, la inteligencia artificial y otras formas de distorsión digital del espíritu humano se están extendiendo y contribuyendo activamente a socavar la verdad, los hechos, el saber y la ética. En estos últimos treinta años, debido a difusión masiva, internet se ha convertido en una centrifugadora de ideología que propaga toda la clase de deformaciones y medias verdades ideológicas que potencian el ritmo de nuestro consumo. Internet, al igual que la globalización económica, ha contribuido tremendamente a oscurecer nuestro espíritu. A pesar de todo esto, para Gabriel, cada día conocemos mejor nuestra esfera de actuación y nos va quedando claro qué responsabilidad tenemos para con nosotros mismos, con las demás personas, con otros seres vivos y con la naturaleza.

El libro trata de mostrar cómo afecta la reflexión ético-filosófica a las formas de pensar y a las inquietudes concretas de nuestra vida cotidiana y cómo podemos arrojar una luz crítica sobre los prejuicios para poder superarlos. Identificar los patrones de pensamiento éticamente insostenibles y formular propuestas de corrección son tareas de la filosofía, pero la filosofía no puede emprender esta labor en solitario; necesita cooperar con las ciencias naturales, tecnológicas, biológicas, humanas y sociales. Para Gabriel, la cuestión no es tanto escoger entre una cosmovisión religiosa, denunciada por falsa por el cientificismo ateo, o una cosmovisión científica. Ambas cosmovisiones están inevitablemente equivocadas, en tanto que visiones del mundo. Además, la religión no se puede identificar con la superstición, del mismo modo que la ciencia no es idéntica a la Ilustración. La verdad, para Markus Gabriel, no puede quedar limitada a la ciencia, como quiere hoy el naturalismo imperante, pues también se encuentra verdad en las ciencias sociales, en las humanidades, en el arte, y en la religión.

El libro se compone de cuatro capítulos. El primero, "Qué son los valores y por qué son universales" tratará de mostrar qué son los principios éticos fundamentales de la nueva Ilustración de la que se derivan de algunas tesis esenciales. Las tesis básicas del nuevo realismo son: 1) existen hechos morales que son independientes de las opiniones personales y colectivas; su existencia es objetiva (realismo moral). 2) Estos hechos morales de existencia objetiva son cognoscibles, en lo esencial; es decir, dependen del pensamiento. Se dirigen a los seres humanos y ofrecen una brújula moral sobre lo que deberíamos hacer. En su forma básica son evidentes, pero en tiempos oscuros quedan ocultos por efecto de la ideología, la propaganda, la manipulación, etc. (humanismo). 3) Estos hechos son válidos en todos los tiempos en los que el ser humano ha vivido, vive y vivirá. No dependen de la cultura, de la opinión política, de la religión, del sexo, del origen, de la edad y, por lo tanto, son universales (universalismo).

En este primer capítulo trata de desarrollar las tres tesis esenciales del realismo, el humanismo y el universalismo, y de defenderlas del pluralismo, del relativismo y del nihilismo en materia de valores. Y es evidente, dice, que uno de los conceptos centrales

del libro son los valores morales. Los valores morales son universales, válidos para todas las personas, en todas las partes y en todo momento, independientemente lo vean así o no. Pero el hecho de que sean universales no exige que todo el mundo lo vea igual en todo momento. Tales hechos morales no se justifican por Dios, ni por la razón humana universal, ni tampoco por la evolución, sino por sí mismos.

El capítulo segundo lleva por título “Por qué los hechos morales existen, pero los dilemas éticos no”. Cuando debemos adoptar decisiones éticas difíciles, la cuestión suele estar poco clara. Esto afecta en particular a aquellas personas que desarrollan profesiones exigentes y de especial responsabilidad, como por ejemplo, los médicos, directores de hospitales, políticos... En muchos países la crisis del coronavirus ha expuesto esta realidad con toda su crudeza: cuando no se puede salvar a todas las personas porque el sistema de salud no está preparado para la pandemia, hay que decidir quién podrá vivir y quién tendrá que morir. Decisiones que traumatizan evidentemente a cualquiera. Esta situación de emergencia, según Markus Gabriel, pone sobre la mesa un problema que de hecho es general, porque los recursos del planeta son escasos y están controlados por la política internacional y por las cadenas de producción global de las sociedades del bienestar. Tal situación es compleja y, al parecer, nos enfrenta constantemente en dilemas morales. Sin embargo, tal situación es engañosa, porque si observamos con cuidado en realidad los dilemas éticos no existen. El progreso moral que hemos conseguido o conquistado en nuestro tiempo, como el reconocimiento de los derechos de los animales, la protección infantil, la posibilidad de contraer matrimonio con una persona del mismo sexo, más todos los procesos socialmente deseables de igualación de los derechos de varones y mujeres, deben convertirse en el fundamento de una reforma del orden global y ascender a la altura de nuestra reflexión moral. Por naturaleza el ser humano no es ni bueno ni malo; por naturaleza somos libres. Y la libertad, en el campo de la moralidad, significa que gozamos de la fortuna de poder hacer lo que está bien o lo que está mal.

Los valores universales no nos libran de tomar decisiones concretas. La brújula moral nos indica en qué dirección deberíamos ir, pero los pasos concretos que iremos dando los tenemos que decidir nosotros. De lo contrario no seríamos libres. El universalismo no es ningún eurocentrismo ni ninguna otra clase de exaltación de nuestra propia cultura. En todas las culturas humanas se encuentra una diferencia entre lo que es necesario que uno haga y lo que es necesario que renuncie a hacer. Pero Gabriel advierte que el progreso moral no concluye en una meta. Es un proceso perpetuo, entre otras cosas, porque los hechos no morales se transforman constantemente. Como somos seres vivos históricos y reflexivos, y la naturaleza también cambia sin parar, ningún resultado moral pueden ser definitivo, solo existe la exigencia, que nunca se cumple del todo, de hacer lo correcto y renunciar a lo incorrecto.

Acaba este capítulo con estas palabras: “Los hechos morales no son hechos naturales. Tampoco son antinaturales, ni van contra natura; sencillamente son los hechos en los cuales la posibilidad de actuar se clasifica según los criterios de lo bueno, lo neutro y lo malo. Esta observación no depende de la mirada del observador, ni es una cuestión de gusto, sino que resulta objetiva en todos los sentidos relevantes” (p. 192).

El capítulo tercero es “Identidad social. Por qué el racismo, la xenofobia y la misoginia son malos”. Todo ser humano forma parte de grupos distintos. De esta forma

surgen identidades sociales que, en el marco de una política identitaria, cobran relevancia, potenciadas además por las redes sociales. Sin embargo, para Gabriel, dividir a las personas en grupos de identidad no aporta ninguna utilidad explicativa, sino que aleja a los partidarios de las identidades locales de su obligación hacia los valores universales. El antídoto de la política identitaria es la política de la diferencia, que reconoce que cada persona es otro a los ojos de otro. No existe ninguna patria absoluta, ni ninguna identidad superior de todas las demás de la que se derive una validez absoluta.

El capítulo cuarto lleva por título “El progreso moral en el siglo XXI”. El progreso moral en general consiste en reconocer y difundir hechos morales que estaban en parte ocultos. La base del descubrimiento de los hechos morales son las evidencias morales, que son resultado en parte de la vida social y humana, y en parte de experiencias históricas del pasado. El progreso moral no se puede conseguir por medio de algoritmos, simulaciones informáticas o cualquier otra clase de experimento, porque esos métodos distorsionan el espíritu humano. Nuestra sociedad científica y ultramoderna del siglo XXI ha producido, sobre la base del avance tecnológico y científico, sistemas que bloquean el progreso moral por cuanto las noticias falsas, la vigilancia digital, la propaganda y la ciberguerra hacen que perdamos la confianza en la verdad, el conocimiento, la realidad y nuestra conciencia. Es la paradoja de nuestro tiempo. Para corregir este problema, resulta urgente situar en el centro de la reflexión moral una imagen de nosotros mismos, los seres humanos, como seres vivos libres y reflexivos. Gabriel cierra el capítulo con estas palabras tan actuales en España: “A nuestros hijos no deberíamos enseñarles solo a contar, escribir y leer, sino también a pensar; la capacidad del pensamiento que nos invita a la sabiduría, y no solo a consumir y buscar un éxito cuantitativamente mensurable. Solo así aprenderán a ser felices”.

Un buen libro crítico, adaptado a cualquier lector, con muchísimos ejemplos sobre la realidad actual, fundamentalmente de Alemania, su patria, y con un glosario donde se enumeran conceptos clave que forman el armazón básico de la argumentación del libro y, por supuesto, con un índice onomástico de personajes modernos y de pensadores actuales de los que el autor se ha servido en la composición del libro.

Justino López Santamaría

HILDEBRAND, Dietrich von, *Moralia* (Obra póstuma), presentación y traducción de Sergio Sánchez-Migallón, Madrid, Ediciones Palabra, 2020, 622 pp., ISBN 978-84-9061-981-0.

Dietrich von Hildebrand (1889-1977) es uno de los autores de la ética fenomenológica de los valores. Su contribución pertenece a los ámbitos de la Ética y de la Teoría del conocimiento. Formado con Husserl, Scheler y Adolf Reinach, desarrolló su propio pensamiento moral desde la idea del valor y de la respuesta de la persona, con el horizonte de la ética y la revelación cristianas. El avance del nazismo por Europa le llevó por distintos países, hasta que al final se estableció en Estados Unidos. Allí enseñó en la Universidad de Fordham (Nueva York) hasta su jubilación. Falleció en la misma ciudad en 1977. En sus escritos conviven, sin confundirse, el rigor filosófico, la frescura de ejemplos cercanos y la luz de su fe cristiana. Por ello, Hildebrand es tenido por sus